

LOS catalanes, que eran muy buenos, se han hecho de pronto malos. Donde hace poco no había más que admiración por la sensatez, el clásico y tópico *seny*, con que Cataluña conducía su proceso autonómico, todo son ahora celos. Madrid ha pasado en poco tiempo del papel de amante esposo que mira complacido los progresos que su mujer, Cataluña, hace en sus estudios, al papel de celoso extremeño a quien, sin motivo aparente, se le pone de pronto la mosca detrás de la oreja y comienza a pensar que su señora le engaña.

El simil matrimonial no es en absoluto descabellado. El señor Pujol, en tiempos del «adolfato», había negado expresamente que la relación de su minoría catalana con Suárez fuese un matrimonio. Pero como después se ha visto, el partido de don Jordi ha quedado convertido en la señora viuda de Adolfo. Y el tropical regreso de Suárez de sus vacaciones bananeras ha revelado hasta qué punto se le añoraba más allá del Ebro. La discreción aconsejó incluso anular la reserva de una mesa para dos que se había hecho en un restaurante barcelonés. Habría quedado demasiado patente que el matrimonio estaba más unido que nunca.

El adolfato, como indica ya el voluptuoso nombre moruno con que lo bautizó Víctor Márquez, fue tiempo de luna de miel, en éste y en otros asuntos. Y no sólo porque durante esos cinco años paladeamos las mieles de una democracia en construcción que, hasta muy avanzada la era adolfiana, estuvo llena de promesas, sino también por el carácter y la forma de ser del personaje que la presidía. Con su aire de hombre recién salido de la sacristía con el traje nuevo de bodas, Adolfo representa en la política española la foto de estudio del marido ideal, el príncipe besador de las bellas durmientes antes de que la concupiscencia se desvanezca, convirtiendo en obviedades las recomendaciones del Papa polaco, y dejen de tenerse atenciones y hacerse regalitos.

La clave de la política de Adolfo es querer quedar bien con todo el mundo. Esta es su mayor virtud y también su mayor vicio. Adolfo iba por España con un cuaderno apun-

tando las reivindicaciones de cada uno y queriendo y pudiendo prometer y prometiendo satisfacerlas todas. Por evitar agravios comparativos que luego tuvieron que ser mayores y por hacer más digestibles las autonomías vasca y catalana, Adolfo inventó una legión de jefes indios a quienes con el tiempo hubo que adjudicar un territorio.

Aunque en la historia personal de Leopoldo Calvo Sotelo hay también un romance, pues se enamoró de su esposa Pilar Ibáñez Martín por «flechazo», poco antes de que ella fuese reina de las Fallas de Valencia y él su caballero mantenedor, la figura de Leopoldo como apasionado marido no ha trascendido a la política. Representa más bien al padre que al esposo

Beethoven, «de Armonización de las Autonomías». Suprema justicia la que Leopoldo hace a Rodolfo manteniéndole en el mismo Ministerio y encargándole esta ley porque ¿quién como el desarmonizador es capaz de armonizar lo desarmonizado?

En la película, Rodolfo es el malvado, y tiene cara de malo, el «duro» por cuya inspiración el Gobierno acude al Tribunal Constitucional para que revoque disposiciones del Parlamento catalán, que prepara leyes sobre el alcance del adjetivo «nacional», que planea la Ley de Administración Local. El Lendakari Garaicoechea, el Honorable Pujol acuden a Madrid, alarmados. Les recibe el concertista presidente: «No hay parón.» Salen pesimistas, temerosos, aunque perso-

CATALUÑA SE VOLVIO MALA

LUIS CARANDELL

y viene a instaurar un orden paterno-filial, aunque no paternalista porque es hombre de familia laica y un sí es no es liberal.

El advenimiento de Leopoldo, marca el fin de las alegrías primaverales de la democracia después de que el tejerazo y lo que había detrás del tejerazo, hubiese señalado los límites *el quosque tandem*, de la fáctica paciencia, y significa la administración no sólo del fallido golpe sino también del autogolpe que se dan a sí mismos los españoles para evitar el otro golpe que aún puede venir.

Pero Leopoldo no es un padre implacable que levanta el dedo amenazador. Teniendo, como tiene, un golpe detrás, no lo necesita. Si bien administra con extrema parquedad sus sonrisas, la suya pretende ser una política sonriente, concertante, la de un padre pianista que invita a sus hijos a quedarse en casa para hacer música. El proyecto de ley de su ministro Rodolfo Martín Villa se llama, en homenaje a un presidente que se relaja tocando sonatas de

nalmente confortados por la terapéutica musical.

Mientras tanto, Madrid, la clase política e incluso la opinión pública española da muestras de sufrir un reflujo en los entusiasmos autonómicos. Los diputados ucedeos de regiones subdesarrolladas están a punto de amotinarse a propósito de los conciertos económicos con el País Vasco. Y por lo que respecta a Cataluña, el prestigio de que había venido gozando a lo largo de la transición, como pieza fundamental en la estabilidad de la democracia, sufre un revés tremendo y toda la política gubernamental y parlamentaria catalana comienza a tener una lectura suspicaz.

Quedan muy lejos ya los tiempos del tardofranquismo, cuando Cataluña era para Madrid una especie de Meca democrática e ilustrada; cuando Cataluña era «otra cosa»; cuando la llegada de los «catalanes» es decir, de los editores catalanes que acudían a la madrileña Feria del Libro era recibida con entusiasmo y jaleada en recepciones y presentaciones de libros;

MANUAL DE URBANIDAD

cuando ser catalán era en Madrid garantía de cordial acogida, fuese uno escritor o editor, artista o filósofo, sexólogo o cura progre; cuando, en fin, Madrid era la capital del autonomismo que había que instaurar y una ciudad, de hecho más catalanista que la mismísima Barcelona a juzgar por lo que se oía decir en la Villa y Corte.

Muy lejos quedan ya los tiempos del consenso constitucional o aquellos otros en que Suárez, corrigiendo la política de su predecesor el Cid Campeador cuando le dio una bofetada a Ramón Berenguer, pactaba con los nuevos condes catalanes y la gente decía, admirada, qué maravilla, qué sensatez, qué moderación, qué bien están llevando los catalanes su autonomía. Incluso en los últimos tiempos de la primavera democrática, la política catalana resultaba primada por la comparación con el caso vasco.

Lo notable es que toda esta mutación de los catalanes de buenos en malos sucedió en el término de unos pocos días. La noche del tejerazo, todavía, el honorable Pujol se ganó el unánime elogio con su célebre transmisión radiofónica y televisiva del «tranquilo, Jordi, tranquilo». ¿Qué pasó entretanto?

Yo no creo que el famoso Manifiesto de los 2.300 intelectuales castellanoparlantes en Cataluña fuese el único ni siquiera el principal desencadenante de la nueva imagen de fealdad de una Cataluña hasta entonces bellísima. Cuando se dice con razón que el Manifiesto fue inoportuno, se quiere decir que se difundió en un momento en que se había ya iniciado el frenazo autonómico y se había preparado el vuelco de la imagen catalana. Coincidió en el tiempo y sus firmantes de buena fe deberán reconocer que vino a hacer el caldo gordo a una operación más profunda que tiene sus raíces en el frustrado golpe y en el autogolpe que la democracia española se dio a sí misma a continuación.

El Manifiesto quedará como ejemplo de cómo con una serie de verdades parciales se puede hacer un documento falso en sus conclusiones y capaz de engañar a la opinión, no catalana con una versión simplista de la política lingüística que se ha venido haciendo en Cataluña. La visión de Amando de Miguel teniendo que emigrar a los Estados Unidos, el pobre, porque se siente «chicano» en Cataluña muestra al célebre sociólogo

como un hombre que no entiende ni quiere entender lo que pasa. Olvida que el presidente Reagan ha dictado normas que limitarán gravemente la posibilidad de una educación bilingüe de los hispanoparlantes en USA. Y olvida o quiere olvidar también, que apareciendo como primer firmante está contribuyendo a lo mismo en Cataluña, no en detrimento del castellano sino del catalán.

Decir que en Cataluña el castellano está discriminado es hacer un chiste malo que justamente ha sido calificado de humor negro. Apenas es necesario dar datos y recordar, por ejemplo, que ninguna de las grandes editoriales establecidas en Cataluña edita prácticamente en lengua catalana; que sólo hay un par de periódicos deficitarios en catalán; que la televisión en catalán dispone apenas de dos horas de programación; que ninguna emisora de radio transmite completamente en catalán; que las películas se dan casi siempre en castellano; o que solamente el diez por ciento de los niños catalanes terminan sus estudios de EGB con un conocimiento satisfactorio de las dos lenguas, mientras que el ciento por ciento salen conociendo el castellano.

El Manifiesto constituye un claro abuso de los términos al intentar convertir en categoría lo que es solamente una colección de anécdotas verdaderas. Es cierto que ha habido algunas tomas de postura individuales dictadas por el dogmatismo o incluso por la estupidez en la puesta en práctica del programa de bilingüismo. Debían haber sido y deben ser denunciadas ante las autoridades competentes. Pero quitando estos corregibles abusos, lo que se está haciendo en Cataluña en materia lingüística está rigurosamente de acuerdo con la Constitución y con el Estatuto.

Los firmantes del Manifiesto no son discípulos de Tejero que quieran acabar con la autonomía y que consideren a Cataluña, como el teniente coronel en su reciente artículo de «ABC», «una tierra de bandidos». Son gente progresista que probablemente votaron la Constitución y el Estatuto y que, ahora, al ver cómo estas leyes se aplicaban, se vuelven atrás en su progresismo, abrazan acaso sin saberlo la causa de la reacción y contribuyen decisivamente a deformar la imagen y el papel de Cataluña, que si no fueron tan buenos tampoco son tan malos como hoy se dice, en la democracia española. ■

